Núm. 4.





EL SANTISIMO CRISTO DEL SALVADOR.

ROMANCE HISTÓRICO,

EN QUE SE REFIERE LA MILAGROSA VENIDA DE ESTA SAGRADA IMAGEN, VENERADA EN VALENCIA EN LA IGLESIA DE SU ADVOCACION.

INTRODUCCION.

I

A tí, pueblo de Valencia,
á tí, mi patria querida,
la que despliegas al viento,
que lijeramente riza,
gloriosísimo estandarte
que la fé en su lienzo pinta.
A tí su canto el poeta
entusiasmado dedica,
pues las glorias de su patria
cual glorias propias las mira.
Tiende tu esplendente manto
que entretejen á porfía
las flores de tus vergeles
y el laurel de tus conquistas.
Alza la serena frente
que sin cesar acarician
leves auras, refrescadas
por las marítimas brisas,
que murmuran á tu oido
con sonora melodía,
cantos de glorias que pueblan
las frescas auras que aspiras.
Deja que á sus ecos una
los acordes de mi lira
para contar una historia,
verdadera maravilla
de tus anales ¡oh patria!
sublime historia, que indica
que cariñoso el Eterno
te proteje y te cobija.
Hoy á contar esta historia
solo un deseo me anima,
y es que la fé que en mí alienta
en tu pueblo no se estinga.
Dame ¡oh Reina de los cielos!
inspiracion; fortifica
la fé que mi pecho alienta
y ayúdame, Madre mia.

II.

Signo de paz para el mundo,
que padron de la ignominia
fuiste hasta que Jesucristo
á tí enclavado moria.
¡Arbol santo! pura fuente

de do manan cristalinas
y trasparentes las aguas
de la gracia y la justicia:
manantiales que en el cielo
ven nacer sus claras linfas,
y que el Redentor piadoso
con abnegacion benigna
hizo afluir á su cuerpo,
convirtiéndole en piscina
de do la gracia á raudales
manase cual perlas líquidas.
Ya nuestros primeros padres
desde aquel funesto dia
en que cediendo al impulso
del *ángel del mal*, comian
el fruto que les vedara
la Providencia Divina,
la voz del Eterno oyendo
que airada les perseguia,
fueron á buscar asilo,
segun la escritura indica,
en el anchuroso hueco
de un árbol. ¿Presentirian
que del funesto pecado
que en la miseria envolvia
la paz de que disfrutaban
en sus inocentes dias,
un árbol tambien el signo
de la Redencion seria?
¡Arbol santo! que al alzarte
Judea cruel é inicua
sobre la cumbre del Gólgota,
luz penetrante y vivísima
difundiste por el mundo,
que orgulloso oscurecia
idólatra el paganismo
con sus prácticas impías,
con su soberbia impotente,
con fabulosas mentiras.
¡Arbol santo! escelsa llave
que cariñosa y solícita
al encerrar el pecado
en las mansiones sombrías
de un abismo tenebroso,
amante y caritativa
á la humanidad las puertas
del reino del cielo abrias.
¡Cruz bendita! cruz amada!
que á la cristiandad cobijas,
enseñándola el camino
que conduce á la otra vida,
trocando en celestes flores
las terrenales espinas.
Deja que te cante el poeta,
deja que arranque á su cítara
los acentos melodiosos,
las suaves armonías,
que los espacios poblaran
de dulces notas sentidas,
si tú no fueras tan grande
ni tan pequeña mi lira.

***

En los confines del Asia,
dominio de Palestina,
y en la pintoresca márgen
de las costas de Fenicia
está Beyrut, que en los tiempos
que la púrpura ceñian
Tito y Vespasiano en Roma,
bajo su yugo yacia.
Esta colonia romana,
rica poblacion marítima,
se llamaba entonces Bérito,
y allá en la elevada cima
de una eminencia, cual banda
de palomas adormidas
sobre la esmeralda inmensa
de la frondosa campiña,
casas blancas cual la nieve
por su recinto esparcia.
A dicha ciudad marcharon
los cristianos que salian
de Jerusalen huyendo,
al ver que la profecía
se cumpliera exactamente
cual predijo Jeremías.
El año de setecientos
sesenta y cinco seria,
cuando un sucesor de aquellos
cristianos, cual joya antigua
del Salvador una imágen
allí en Bérito tenia
tallada por Nicodemus,
cual la tradicion afirma.
El hecho fué que pasando
como herencia de familia,
el año que antes menciono
la sacra imágen poseia

allá en su casa de Bérito
el descendiente que indica
en otro lugar mi pluma;
cuando la gracia infinita
del Omnipotente, acaso
por providencia benigna,
hizo que al mudar de casa
el buen cristiano, por prisa
ó por olvido, la imágen
dejase en la casa antigua.
Mudóse en ella un judío
y dió en ella una comida,
precisamente en la estancia
en que la imágen divina
pendiente estaba del muro.
Alzó un huéspede la vista,
y reparando en el Cristo
lleno de audacia sacrílega
se desató en improperios
contra la imágen bendita,
y contra el amigo apóstata
autor de una burla indigna.
Dieron parte al Gran Pontífice;
congregóse al otro dia
todo el sumo sacerdocio,
que con crueldad inícua
la santa efigie arrastraba
con infernal alegría
á la sinagoga, donde
el rencor y la malicia
del pueblo, que en torpe saña
fuera verdugo y deicida,
cruel repitió en la copia
lo que hiciera en otros dias
para aumentar el martirio
del Redentor, que moria
víctima del pueblo incrédulo,
por quien se ofreciera víctima.
Otro Longinos tambien,
pero Longinos con vista,
cogió una lanza acerada,
y por colmar la ignominia,
á un costado de la imágen
quiso inferir una herida.
Entró el arma al fuerte empuje
por las fibrosas costillas,
y á borbotones la sangre
manaba tibia y rojiza
entremezclada con agua.
Aplicaron una hidria
á los entreabiertos lábios
de la renovada herida,
y aquel celestial licor
rebosó por las orillas.
Mas no bastó este prodigio
para estinguir la malicia
de aquella incrédula turba;
fué forzoso que á su vista
se llevara un paralítico,
y ver que mientras le ungian
recobraba por completo
la salud que vió perdida
desde que vieran sus ojos.
Divulgóse la noticia
con la rapidéz del rayo,
y vióse al punto invadida
la judáica sinagoga
por numerosas familias,
que sus enfermos llevaban
á la sangrienta piscina.
Todo el pueblo alborotado
calles y plazas corria,
ansioso tras del portento
que dá al moribundo vida,
que al paralítico cura,
que al ciego vuelve la vista,
¡Triunfo inmenso del Calvario
contra la audaz heregía!
Aquel pueblo rencoroso,
que con saña torpe é inicua
atormentara á la imágen,
viene á caer de rodillas
y hunde la frente en el polvo
y avergonzado la mira.
Pocos momentos despues,
por los espacios las brisas
repetian los acentos
de las voces de alegría
que los noveles cristianos
lanzaban, mientras corrian
en busca del santo Obispo
que con caridad solícita,
purificarles ansiaba
en las bautismales pilas.
Un suntuosísimo templo
al poco tiempo erigian
de San Salvador llamado,
donde á rendirle acudia

el pueblo culto á la imágen
de cabeza dolorida.
Cerca de quinientos años
permaneció en la capilla
el simulacro de Bérito;
pero quizá convenia
el que la ciudad tomada
fuera á la vez que destruida
por los moros fronterizos,
que cual avalancha nítida
rompian y destrozaban
cuanto alcanzaba su vista.
Al simulacro sagrado
de la suntuosa capilla
del Salvador, lo arrastraron,
llegando su alevosía
hasta mutilarle un brazo,
y con soberbia malicia
lanzarlo en el mar inmenso,
cuyas ondas cristalinas
al recibirle en su fondo
formaron nívea capilla
que las espumas ornaron
de mil matizadas chispas.
Permite, pueblo querido,
que cediendo á la fatiga
por un instante enmudezca
el son de mi ronca lira;
mas antes quiero advertirte
que todo cuanto consigna
es un hecho muy veraz,
es un hecho que lo afirma
el gran Concilio Niceno
que segundo le apellidan.
Consta en el martirologio
romano, lo ratifica
el breviario de Valencia,
y en fin, lo reza la misa,
y los Papas lo sancionan,
y los autores lo afirman.

SEGUNDA PARTE.

Llegada del Santísimo Cristo de Bérito.

INVOCACION.

I.

Dulce lira, á cuyo acento
consuelo encuentran mis penas;
dulce lira, amiga cara
que con tus blandas endechas
la ardiente sien acaricias
de este soñador poeta;
deja que mi mano arranque
de esas tus vibrantes cuerdas
los armoniosos sonidos
que á la par que el viento pueblan
hasta el trono del Altísimo
elevan cual flébil niebla,
el testimonio de amor
ardiente que le profesa
el coplero que le invoca,
el cristiano que le reza
y el hijo, que como á padre
amándole, le respeta.
Haz que lleguen á sus pies
no mis sentidas endechas,
sino de fé el testimonio
de quien en Él solo espera,
de quien todo se lo debe,
de quien sin Él es miseria.
Dile á ese Padre amoroso
que es el amor quien me alienta
para referir osado
los hechos de su grandeza;
¡el amor á mis hermanos!
á esos hijos de Valencia,
que de su ley los preceptos
han respetado y respetan.
¡Ojala puedan mis versos
impulsar con nueva fuerza
la devocion á la imágen
del Salvador que venera,
la que se mece entre flores,
la que entre glorias se asienta!
Resuena, lira querida,
oigan todos de tus cuerdas
al sonido melodioso,
que la fé vive en Valencia,
pues en sus hijos circula
con la sangre de sus venas.

II.

Era un dia muy nublado
del mil doscientos cincuenta;
pardas nubes se agrupaban
sobre la ciudad poética,
que cual argentada cinta
el manso Turia rodea.

Sus festivos habitantes
á las habituales faenas
se encontraban entregados,
cuando las nubes espesas
rasgando su hinchado seno,
desde la elevada esfera
agua á torrentes vertian
con tal ímpetu y tal fuerza,
que las calles, de aguas turbias
arroyos potentes eran.
Los habitantes pasmados
consultaban con frecuencia
á las desgajadas nubes,
temiendo les sucediera,
á continuar lloviendo,
alguna desgracia. Cesa
por fin la temida lluvia,
mas pavoroso resuena
sordo rumor que la gente
de mil maneras comenta.
«¡El rio, el rio!» mil voces
de pavor el aire pueblan.
Y la gente desalada
corre en busca de las puertas
de Trinidad y Serranos,
y muy pronto las almenas
de la muralla y las torres
la gente asalta, sedienta
de presenciar la avenida
que contra el puente se estrella,
como si al paso arrollarlo
cual leve tamo quisiera.
¿Visteis el reo que escucha
de su muerte la sentencia
(que el fallo de la justicia
pronuncia quizá con pena),
cadavérico el semblante,
falto de espíritu y fuerzas?
Pues ese aspecto ofrecia
la humana mole que inmensa
con incesante oleaje
se agolpaba á las dos puertas,
cual si en las ondas leyese
de su muerte la sentencia.
En tanto la inundacion
iba creciendo, revueltas
en torbellino agitado
sin encontrar resistencia
puentes, presas y pretiles
que de barrera sirvieran
para contener el ímpetu
de aquellas ondas soberbias,
parte formaban del seno
de las aguas turbulentas
que á la ciudad amagaban
con sus muros y sus puertas.
Pero acrecia el espanto
al ver que la mole inmensa
del agua se detenia
en su furiosa carrera
cual si su paso atajara
alguna elevada presa.
Entonces vióse encresparse
las ondas, que turbulentas
de las ondas que venian
el empuje recibieran.
La gente ni discurrir
podia ya, la sorpresa
y el mas temeroso espanto
pintaba con líneas tétricas
los asustados semblantes,
en tanto que las soberbias
ondas sin cesar subian
unas á otras sobrepuestas
cual coruscante columna
que guarnecieran mil perlas.
«¡Dios mio, somos perdidos!»
gritan mil voces inquietas,
y el llanto inunda los ojos
y al cielo preces se elevan,
y unos mirando á los cielos,
y otros mirando á la tierra,
todos el fin de sus dias
con desaliento contemplan.
Pero de repente al pasmo
sustituyó la sorpresa,
al ver que del mar venia,
contra la corriente recia
de las turbulentas aguas,
un bulto, que su carrera
facilitaban las ondas,
y que al mecerse sobre ellas
atrás su curso volvian
cual si ampararle quisieran.
La gente que esto miraba,
muda, anhelante, suspensa,
niega á sus ojos el crédito
cual si sus ojos no vieran.

Al terror sucede el pasmo,
á la duda la evidencia.
«¡Milagro!» potentes gritan
los pechos que antes sintieran
un desgarrador latido
al vér la muerte de cerca.
El iris de la esperanza
ante sus ojos despliega
los tesoros del amor
que á la humanidad profesa
nuestro Padre Celestial,
y llenos de fé contemplan
trocarse en solio de gloria
la cristalina eminencia,
que inmóvil sobre su base
de movedizas arenas,
á recibir dignamente
el bulto informe se apresta.
¿Qué fué el grito de alegría
que de fé lanzara ébria
la muchedumbre apiñada
sobre las torres y almenas?
Fué que vieron una cruz,
y alumbrada por dos velas,
del Redentor una imágen
de dolorida cabeza,
que con un brazo de menos
iba enclavada sobre ella.
Imágen que silenciosas
las aguas que turbulentas
poco antes amagaran
las vidas y las haciendas,
depositaron en lo alto
de la líquida eminencia,
formando del albo seno
de las espumosas crestas
divino trono de plata,
que primoroso esculpieran
mil cristalinos relieves,
mil abrillantadas perlas.
Allí su pausada marcha
la imágen detuvo. Apenas
tocó la brillante cumbre
de la encrespada eminencia
las aguas ya descendian,
y al emprender su carrera,
con movimiento pausado
rizaban sus níveas crestas
cual si para honrar la imágen
engalanarse quisieran.
«¡Barcas!» gritaban las gentes
al ir las gentes por ellas.
Cuando las barcas llegaron,
ya infinidad de cabezas
alrededor ondeaban
de la imágen, cual ondean
las mieses que el viento agita
y que en mares de oro trueca,
cuyos rumores simula
al deslizarse sobre ellas.
Fervientes manos empujan
á la vecina ribera
la imágen milagrosísima,
y la gloria que obtuvieran
de sustentarla las aguas;
á esta gloria aspira trémula
la muchedumbre que en torno
de la imágen se replega.
De todos cuantos al agua
se arrojaran, cuando vieran
que era la imágen de Cristo
lo que las ondas soberbias
á porfía acariciaban
ni uno pereció. ¿Pudiera
perecer aquel que fia
en la divina clemencia
al arrojarse en las aguas
que al Santo Cristo sustentan?
En tanto las suaves brisas
la voz del milagro encierran
en sus perfumados senos,
y al esparcir por Valencia
sus aromosos vapores
esparcen tambien la nueva.
D. Fray Andrés de Albalat,
que entonces Obispo era
de la Diócesis, reune
al clero y á la grandeza
y á los *brazos* militar
y civil, y ansiosos llegan
á presenciar del milagro
la ineludible evidencia.
La gente ansiosa corria
por las calles y plazuelas
lleno de gozo el semblante,
porque admirada contempla
que juzgara dia de luto
el que lo fuera de fiesta.

Todos los *brazos* reunidos
en comunidad, acuerdan
que el Santo Cristo se deje,
por ser la de mas decencia,
en la casa que del Cid
morada suntuosa fuera.
De esta casa lo pasaron
con gran pompa y reverencia
á la Catedral, y luego
dispusieron grandes fiestas
para honrar la sacra imágen
que por milagro viniera.
En el altar de la Espina
lo colocaron. La verja
que la capilla cercaba
cerraron, cual si temieran
que tan preciado tesoro
ser estraido pudiera.
Ya para el siguiente dia,
la gente gozosa arregla
cada cual segun alcanza
su demostracion de fiesta.
Y unos sus casas adornan,
y otros los balcones cuelgan,
y todos cuando se estiende
el manto oscuro que pueblan,
y trémulas abrillantan
innumerables estrellas,
todos á porfía inundan
de lucecillas inquietas
las ventanas y balcones
y los patios y azoteas.
Y al espacio las campanas
de sus metálicas lenguas
lanzan vibrador sonido,
y vivas el viento pueblan
de gentes que por las calles
apiñadas hormiguean.
Aun no disipa la aurora
las sombras que las tinieblas
tiñen de negro el azul
de la circular esfera,
y ya la gente se agolpa
sobre las góticas puertas
que el tesoro de la víspera
bajo sus llaves encierran.
Todos ver de nuevo ansian
la faz dolorosa y tierna
de aquella imágen sagrada
que por el Turia viniera;
y como el deseo es grande,
es muy grande la impaciencia
conque el pueblo ansioso aguarda
ver abrirse aquellas puertas.
Mas por fin las puertas se abren,
y la muchedumbre inquieta
se lanza en pos del deseo
y se estruja y se codea,
que el primero cada cual
quiere ser que á verlo llega.
¿Veis cual ondula flexible
el cuerpo de la culebra
que hasta la cola se mueve
en moviendo la cabeza?
así onduló aquella masa
de humana carne, que dueña
no es de sus pies, pues hay veces
que no le alcanzan á tierra.
¡Ay! que al llegar los primeros
con desaliento contemplan
la capilla de la Espina
del rico tesoro huérfana,
y un movimiento instintivo
impulsa hácia atrás sus piernas,
y ese movimiento alcanza
hasta fuera de la iglesia...
«¡Nos lo han robado!» es la frase
que el terror en torno siembra;
mas el candado está intacto
é intacta encuentran la verja.
«¡Ya no está!» es la esclamacion
que de boca en boca vuela;
esclamacion que los rostros
siembra de líquidas perlas,
rocío de aquella aurora
que al asomar la cabeza
vé llanto y desolacion
cual el dia anterior viera.
¡Ay! que en luto se ha trocado
lo que se creyera fiesta,
y á la milagrosa imágen
llora perdida Valencia.
«¡Al Salvador!» una voz
dice sin que nadie sepa
de donde salió. Y al punto
en frenética carrera
la gente se precipita
al Salvador, cuya puerta

parece vaya á estallar
bajo la presion inmensa
de aquel mar de carne humana
que la capilla, sedienta
asalta por ver el Cristo,
joya que perder creyera,
y que de nuevo sus ojos
con entusiasmo contemplan.
«¡En la capilla está el Cristo!»
corre la voz por Valencia;
y el pueblo entero se agolpa
á las calles que rodean
la silenciosa capilla,
que constantemente llena
la multitud fervorosa,
y de mil modos comentan
la aparicion de la imágen
en la capilla modesta.
Nuevamente se dispone
que el Cristo llevado sea
á la Catedral de nuevo
la imágen el templo deja,
y en el Salvador lo buscan,
y en el Salvador lo encuentran.
Hace seiscientos veinte años
que la piadosa Valencia
culto le rinde á esta imágen
en el templo que eligiera,
y milagrosos favores
emanados de ella cuenta.
Imágen que privilegios
los Papas le concedieran,
imágen que muchos siglos
celebrara anuales fiestas
que le dedican humildes
las coronadas cabezas.
Imágen que á cuestas sube
Fray Tomás de Villanueva
al renovar la capilla
por empinada escalera.
Imágen pia que libra
de muerte horrorosa y cierta
al hundirse con estrépito
un tablado de madera,
á infinidad de personas
que en su centenaria fiesta
ni la mas leve lesion
al caer esperimentan.
Y en fin bondadosa imágen
que en la caida que diera
el dorador José Andrés
hace dos años apenas
le protegió milagrosa;
pues desde la altura inmensa
en que trabajando estaba,
vino á caer de cabeza
contra un banco que rompió
cual si fuese blanda cera,
alzándose por su pié
sin que en su cuerpo se vea
ni la contusion mas leve,
ni la herida mas lijera.

. . . .

. . . .

Esta es ¡oh pueblo! la historia
de esa imágen que á Valencia
tiende sus rígidos brazos
y sus manos entreabiertas.
Valencia le dá sus brisas
á las que aromas les prestan
las flores de sus vergeles,
y con las cuales orea
la doliente faz del Cristo
que ellas cariñosas besan.
Dale pueblo cual las brisas
la mas esquisita esencia
de esa fé que al corazon
balsámico aroma presta.
Haz que su faz acaricien
tus plegarias, que lijeras
se elevarán cual perfumes,
como tributo que prestas
al Salvador que su vida
por redimirnos perdiera,
al Redentor que del cielo
nos abrió las igneas puertas,
y en fin al Dios cariñoso
que milagrosa nos diera
esta imágen que proteje
nuestra querida Valencia.

LISARDO.

VALENCIA 1870.—Imp. de J. M. Ayoldi.